


## Annotation

Con mas de 80 millones de libros vendidos durante el siglo XX las aventuras del Oeste protagonizadas por Winnetou y Old Satterhand han deleitado a niños, juvenes y mayores a lo largo de generaciones. En este volumen se relatan la continuación de las aventuras narradas en el volumen 1 Segunda entrega de la serie "Entre los Pieles Rojas ", continuación de "La Montaña de Oro ". Contiene cuatro relatos: 1 — El Ku-Klux-Klan 2 — Apaches y Comanches 3 — Los Gambusinos Mejicanos 4 — La Venganza del Caudillo. (Corresponde a la edición de la Editorial Molino de 1937)



**Karl May**

**(Entre apaches y comanches 2) La Venganza de  
Winnetou**

- 
- 1.— EL KU KLUX KLAN.
  - 2.— APACHES Y COMANCHES.
  - 3.— LOS GAMBUSINOS MEJICANOS.
  - 4.— LA VENGANZA DEL CAUDILLO.

# EL KU-KLUX-KLAN

## CAPÍTULO PRIMERO

### EL NAUFRAGIO

Después de una carrera desenfrenada llegué con mis compañeros a la desembocadura del río Bosco de Nachitoches, donde pensábamos hallar al apache que Winnetou había de apostar. Desgraciadamente, nos salió fallida esta esperanza. Rastros de caminantes sí hallamos; pero ¡qué rastros! Eran los cadáveres de los dos comerciantes que nos habían dado informes acerca de los kiowas y que, según supe después por boca de Winnetou, habían sido asesinados por Santer.

La fuga en la piragua había sido tan veloz, que Santer llegó a la desembocadura del citado río al mismo tiempo que aquellos dos infelices, a pesar de haber salido éstos del campamento de Tangua antes que su asesino. Como se había visto obligado a renunciar a las pepitas de oro o *nuggets* de Winnetou, Santer se hallaba exhausto de dinero; y decidido a procurárselo, mató, probablemente por la espalda, a los desgraciados viandantes, desapareciendo después con la recua. Así interpretó Winnetou el suceso, guiándose a su llegada por los rastros que encontró.

El criminal no se había impuesto una tarea muy fácil, pues el paso de tantas bestias de carga por la sabana ofrece para una persona sola graves inconvenientes y dificultades, sobre todo cuando lleva, prisa por tener, como tenía Santer, quien le perseguía pisándole los talones.

Afortunadamente para él hubo continuas lluvias que, borraron todas las huellas, hasta el punto de que Winnetou hubo de fiarse más de sus deducciones que de sus ojos. Lo probable sería que Santer, con objeto de convertir sus mercancías en dinero, se dirigiera a las colonias más próximas, y así no les quedaba a los apaches más recurso que recorrerlas una por una.

Al cabo de muchas jornadas invertidas en ello, Winnetou encontró en la factoría Gaters la pista perdida. Santer había estado allí, lo había vendido todo y después de comprar un excelente caballo, tomó el camino del Río Colorado hacia Oriente despidió a toda su gente, que sólo podía servirle de estorbo, les mandó que regresaran a su poblado y continuó él solo la persecución. Llevaba consigo suficientes pepitas de oro para poder mantenerse en Oriente durante algún tiempo.

Como carecíamos de informes e ignorábamos su paradero, no pudimos seguirle, y pasamos el Arkansas para llegar por el camino más corto a San Luís. Lamentaba yo vivamente no haber visto a mi amigo, pero no estaba en mi mano variar el curso de los acontecimientos.

Una noche, después de larga caminata, llegamos por fin a San Luís. Como es de suponer, mi primera visita fue para el viejo Mr. Henry, a quien encontré en su taller, trabajando en el torno a la luz de una lámpara, y tan engolfado en su faena que ni siquiera se dio cuenta del ruido que hizo la puerta al abrirse.

- *Good evening* (buenas noches), Mr. Henry — le dije, saludándole como si le hubiera visto aquella misma mañana. — ¿Está ya listo el famoso rifle?

Y sin decir más me acomodé en el extremo del banco, tal como solía hacer en otro tiempo. Henry saltó entonces de su asiento, me miró largo rato como atontado, y de pronto exclamó en el colmo de la alegría:

— ¿Usted?... ¿Usted?... ¿Es usted? ¿Está usted aquí?... ¿El preceptor... el agrimensor... el maldito de Old Shatterhand?

Luego me echó los brazos al cuello, me estrechó contra su pecho, y me estampó un par de sonoros besos en ambas mejillas.

— ¡Old Shatterhand! ¿Cómo sabe usted ese nombre? — le pregunté una vez pasada la primera efusión de alegría.

— ¿Y me lo pregunta usted? ¡Pues si en todas partes se habla de sus hazañas! ¿Conque ya es usted en *westman* hecho y derecho? Mr. White, el ingeniero de la sección inmediata a la de usted,

me trajo las primeras noticias; y por cierto que le ponía a usted por las nubes. Pero el que coronó las alabanzas fue el mismísimo Winnetou.

—¿Cómo es eso?

—Me lo contó todo ce por be.

—¿Qué dice usted? ¿Le ha visto?

—¡Claro que sí! ¡No faltaba más!

—¿Cuándo?

—Hace cosa de tres días. Le había hablado usted tanto de mí y de mi viejo mataosos, que no quiso salir de la capital sin hacerme una visita. El ha sido quien me ha confirmado que está usted hecho un *westman* de primera, con los pormenores del búfalo, del oso gris y otros tantos. ¡Coma que hasta se ha ganado usted la dignidad de caudillo!

En esta forma prosiguió hablando y fue inútil que tratara de interrumpirle. Entre abrazo y abrazo expresaba su alegría y se congratulaba de haber guiado mi vida por el camino del Oeste.

Winnetou había seguido a Santer, sin perder sus huellas, en una marcha acelerada hasta San Luís, y desde allí a Nueva Orleans., Esta prisa suya explicaba que hubiese llegado él mucho antes que nosotros a San Luís. Había encargado a Henry que me invitase a seguirle a Nueva Orleans, en caso de hallarme dispuesto a ello; y yo me resolví en el acto a complacerle y partir en cuanto dejara arreglados mis asuntos, lo cual conseguí a la mañana siguiente. Muy temprano era cuando me vi nuevamente detrás de la consabida mampara de cristales, en compañía de Hawkens, Stone, Parker y Henry, que no pudo resistir al deseo de presenciar nuestra primera entrevista. Allí tuve que relatar, explicar, e informar, y se vino en conocimiento de que, de todas las secciones, la mía fue la que pasó por más penosos y rudos trabajos, como lo demostraba el hecho de ser yo el único geodesta sobreviviente.

Sam hizo cuanto pudo por conseguirme una gratificación extraordinaria, pero en vano; nos pagaron en el acto el sueldo estipulado, pero ni un dólar más de la cuenta; y confieso que no pude dominar mi disgusto y desilusión al entregar mis notas y planos hechos con tantas penalidades y salvados con tanta exposición de la vida. Aquellos caballeros habían contratado a cinco geodestas; pero sólo pagaban al que se presentaba y se embolsaron bonitamente el dinero de los cuatro restantes, no obstante tener en las manos el fruto del trabajo total... que realmente debían a un exceso de trabajos y fatigas exclusivamente míos.

A propósito de esto, Sam soltó una perorata furibunda, logrando solamente que se le rieran en las barbas y le enseñaran muy cortésmente la puerta, así como a Stone y Parker. Yo los seguí sacudiéndome el polvo. Por lo demás, y dadas mis circunstancias, la cantidad que me entregaron era de bastante importancia.

Resuelto a seguir a Winnetou, recogí las señas de un hotel de Nueva Orleans, que el joven caudillo apache había dejado a mister Henry. Por cortesía y afecto pregunté a Sam y a los suyos si se venían conmigo; pero ellos me manifestaron su intención de descansar en San Luís una buena temporada, lo cual comprendí perfectamente. Después de adquirir ropa blanca y otros objetos, incluso un traje nuevo con que reemplazar la ropa india que llevaba, me embarqué para el Sur. Los efectos que no podía llevar conmigo, incluso el pesado "mataosos", se los entregué a Henry, que me prometió guardarlos como oro en paño. Tuve también que dejar allí mi caballo bayo, puesto que no lo necesitaba, y me separé de mis amigos, convencidos todos de que mi ausencia sería corta.

¡Qué equivocados estábamos! Nos hallábamos en plena guerra civil, dato que no he mencionado hasta ahora porque no había influido en ninguno de los sucesos que he relatado. Casualmente estaba entonces abierto a la navegación el Misisipí, pues el famoso general Farragut había logrado volverlo al dominio de los Estados del Norte; mas, a pesar de ello, el viaje del vapor en que me embarqué se vio retrasado por una infinidad de medidas de precaución, aunque muy justificadas, dilatorias; así es que cuando llegué a Nueva Orleans y pregunté en el hotel cuyas señas había dejado Winnetou, me dijeron que éste había salido ya para Wicksburg, dejándome el recado de que no le siguiera, a causa de la inseguridad del camino, y que volviera a San Luís, a casa de Mr. Henry, donde me avisaría su paradero. ¿Qué hacer? Tenía verdaderas ansias de volver a mi patria y ayudar a mis parientes necesitados, ya que tenía los medios para ello, en lugar de dirigirme a San Luís en espera de Winnetou, tanto más cuanto que era fácil que éste no pudiera volver siquiera a dicha ciudad aunque lo intentara. En el puerto me informé de la salida de vapores para Alemania y supe que había uno, propiedad de un yanqui, que aprovechaba la momentánea tranquilidad para ir a Cuba, en donde hallaría yo ocasión de embarcarme para mi tierra o por lo

menos hasta Nueva Cork. Me decidí en el acto, y pasé a bordo.

Por precaución pensé entregar mi dinero a un banco tomando un cheque; pero ¿qué banquero de Nueva Orleans ofrecía entonces la seguridad debida? Además, que escasamente tuve tiempo de tomar el pasaje; así es que llevaba todo mi capital en el bolsillo.

Para no detenerme demasiado en este episodio fatal, diré solamente que por la noche nos sorprendió en alta mar un huracán horrible. Habíamos salido con tiempo ventoso y nublado, pero con mar excelente; así es que nada indicaba la tormenta que se preparaba. Con otros tres pasajeros, que habían aprovechado como yo la oportunidad de salir de Nueva Orleans, me fui a dormir tranquilamente. A media noche me despertaron los espantosos rugidos del huracán, que me hicieron saltar de la litera inmediatamente. En aquel momento dio el barco una sacudida tan horrorosa, que me derribó al suelo y se desplomó sobre mí todo el camarote que compartía con los demás viajeros. En momentos tan críticos ¿quién piensa en el dinero? La vida es lo único que interesó; además de que, entre astillas y tinieblas ¡cualquiera es capaz de hallar la chaqueta y la cartera! Logré abrirme paso entre los maderos y astillas y corrí, o más bien, dando traspiés llegué a cubierta, mientras el buque cabeceaba y rechinaba como si fuera a deshacerse.

Fuera reinaba una oscuridad espantosa. Apenas puse el pie sobre cubierta cuando una ráfaga me tumbó y una ola pasó rugiendo por cima de mí. Creí distinguir gritos y voces; pero el silbar del viento los sofocaba. De pronto unas culebras de fuego rasgaron los cielos, iluminando la espantosa escena; vi ante la proa del buque una rompiente y detrás de ella la tierra. El barco había encallado entre arrecifes y las olas lo levantaban por la popa, amenazando estrellarlo contra las rocas. Estaba perdido irremisiblemente y se abriría de un momento a otro. Las olas se habían llevado los botes, y así, solamente nadando podíamos esperar salvarnos. Un rayo me hizo ver a los tripulantes agarrados a toda clase de objetos para que las olas no los arrebataran. Yo, en cambio, opinaba que sólo al mar debía confiar mi salvación.

Entonces vi, merced a su propia fosforescencia, acercarse una ola enorme, la cual, precipitándose con contra el barco, lo sacudió de tal modo que lo creí hecho astillas. Yo, que estaba abrazado a un soporte de hierro, exclamando: "¡Dios mío, salvadme!", me solté y fui arrastrado por la vorágine. Al principio me pareció haber sido levantado en alto, luego giré como una pelota y el torbellino me arrastró al fondo para escupirme de nuevo hacia arriba. Yo no hacía el menor movimiento, pues todos los esfuerzos habrían sido vanos ante la terrible potencia del mar; pero en cuanto el agua tocó tierra empecé a luchar para que no volviera a arrebatarme.

No pasó, sin duda, de medio minuto el tiempo en que fui juguete del océano, pero a mí me pareció una eternidad. De pronto me sentí levantado por una ola, que me escupió, arrojándome en un remanso tranquilo, formado por los arrecifes. Entonces pensé en que era hora de huir de la marejada, e hice ímprobos esfuerzos con brazos y piernas para alcanzar la playa. En mi vida he nadado con tanto afán.

Al hablar de tranquilo remanso he de advertir que la expresión es relativa; las olas me habían llevado más allá de la rompiente; no se trataba ya de luchar con montañas de agua; pero, no obstante, el mar estaba allí revuelto de tal modo, que me traía y llevaba como un corcho en una jofaina de agua removida por las manos de un niño. Tuve la suerte de divisar la costa, pues sin ello habría perecido sin remedio. Así, a lo menos, sabía en qué dirección había de nadar; y aunque a causa del terrible oleaje adelantaba poco, llegué por fin a tierra. Mas esto no ocurrió en la forma deseada. Las tinieblas envolvían de tal modo el mar y la costa, que no me permitían distinguir uno de otra, y por lo tanto me impedían buscar un sitio a propósito para tomar tierra. Esto hizo que chocara tan violentamente contra las rocas, que me pareció que me hundían el cráneo de un martillazo. Tuve, no obstante, la suficiente presencia de ánimo para agarrarme a las peñas; trepar por ellas y llegar arriba, donde caí sin conocimiento. Al recobrarlo el vendaval seguía soplando y yo tenía la cabeza dolorida; pero no hice caso. Me preocupaba más saber dónde me hallaba. ¿Estaba en tierra firme o sólo en una roca aislada? Hasta convencerme de esto no podía dejar mi refugio. La roca era llana y resbaladiza, de modo, que me costaba trabajo mantenerme en ella, pues la fuerza del viento bastaba para barrerme de allí como una paja. Pero al cabo de algún tiempo observé que disminuía el vendaval, que súbitamente cesó, como también la lluvia, y lucieron las estrellas, como suele ocurrir, generalmente, en semejante clase de repentinos huracanes.

La claridad de las estrellas me permitió orientarme. Me hallaba en la costa; a mi espalda rugía la rompiente y enfrente veía árboles. Me acerqué a ellos y vi que algunos habían resistido incólumes, mientras otros yacían en el suelo desarraigados y algunos arrastrados a bastante

distancia. De pronto vi luces que se movían y me apresuré a salir a su encuentro.

Un grupo de personas con hachones encendidos examinaban los destrozos que el temporal había ocasionado en sus viviendas, de una de las cuales se había llevado la techumbre. Al verme se quedaron sorprendidos, mirándome como si fuera un fantasma. El mar armaba todavía tal estrépito, que tuvimos que hablarnos a gritos para entendernos. Eran pescadores a quienes el huracán había arrojado a las islas Tortugas, y precisamente sobre la del fuerte Jefferson, en el cual se hallaban entonces internados los prisioneros de guerra confederados. Los pescadores me trataron con afecto y me proveyeron de ropa, pues estaba vestido como se acostumbra cuando va uno a acostarse a bordo. Luego se llamaron unos a otros para salir en busca de los demás náufragos que acaso hubieran podido llegar a tierra. Durante la noche lograron descubrir a dieciséis personas, de las cuales sólo tres recobraron el conocimiento; las demás eran ya cadáveres. Al amanecer vimos la playa cubierta de restos del buque, que se había deshecho contra las peñas. Únicamente un pedazo de proa seguía empotrado en el arrecife.

Era yo un náufrago en toda la extensión de la palabra, pues carecía de todo, hasta de ropa; el dinero que había de servir de socorro a otros desgraciados yacía en el fondo del mar. Su pérdida me era hartamente sensible: pero me consolaba la idea de haber salvado la vida entre tantos como habían perecido, lo cual consideré señalada merced del cielo, que hacía más llevadera mi precaria situación.

El comandante del fuerte se compadeció de mí y de los otros tres náufragos. Diónos lo más necesario y nos procuró pasaje gratis hasta Nueva York.

## CAPÍTULO II

### EN FUNCIONES DE DETECTIVE

En la gran ciudad me encontré todavía más falto de recursos que cuando llegué a ella por primera vez, y bien puedo decir que sólo me quedaba el valor para empezar de nuevo. ¿Por qué me había dirigido a Nueva York y no a San Luís, donde tenía amistades y podía contar seguramente con la ayuda del anciano Henry? Pues por la sencilla razón de que debía ya a éste tantos favores, que no quería aumentar la deuda de gratitud que tenía con él. ¡Si hubiera tenido la certeza de encontrar allí a Winnetou! Pero no había que pensar en ello; la persecución de Santer podía durar meses enteros, y yo no sabía adónde ir a buscarle. Decidido estaba, no obstante, a reunirme con él y a tal fin debía encaminarme a Occidente, al poblado del río Pecos; mas para tan largo viaje necesitaba recursos de que carecía, y para procurármelos no había campo más apropiado que la capital.

En efecto, supuse bien y tuve suerte. Trabé conocimiento con el muy honorable Mr. Josué Tailor, director de un famoso cuerpo de *detectives* de aquellos tiempos, y le rogué que me admitiera en él. Al enterarse de quién era yo y de lo que había hecho, hasta entonces, advirtió que primero me pondría a prueba, a pesar de mi nacionalidad alemana. El buen director nos tenía a los alemanes por poco hábiles para tal profesión; pero gracias a algunos triunfos que debí más a la casualidad que a mi agudeza, logré merecer su confianza, que fue paulatinamente en aumento, hasta convertirse en verdadero afecto, y me valió los encargos de más seguro resultado y mejor pagados.

Un día me llamó a su despacho particular, donde se hallaba un respetable caballero, cuyo semblante denotaba preocupación y tristeza. El jefe me lo presentó con el nombre de Ohlert, banquero, que solicitaba nuestros servicios en un asunto familiar y tan funesto para él como para su casa de banca. Tenía dicho señor un hijo único, llamado William, de veinticinco años de edad y soltero, pero cuya firma era tan efectiva y valedera como la de su mismo padre.

Aquel banquero era de origen alemán y se había casado con una alemana. El joven, dotado de un temperamento más bien soñador que enérgico y activo, se había dedicado antes al estudio de la literatura y la metafísica que a los dados del libro mayor, y se las echaba no sólo de sabio, sino bien de poeta. En esta ilusión le confirmó la publicación de algunas de sus poesías en los periódicos alemanes de Nueva York; y se le había metido en la cabeza la extraña idea de escribir un drama cuyo protagonista había de ser un poeta loco, para lo cual quería estudiar científicamente la demencia, y a este fin compró todos los libros que trataban de enajenación mental. El resultado de tales estudios fue que el joven se identificó poco a poco de tal modo con su personaje, que llegó a considerarse a sí mismo como demente. El padre trabó entonces conocimiento con un médico, que pretendía fundar un manicomio particular. El alienista le dijo que había practicado durante muchos años como ayudante de varias celebridades en la especialidad, y supo inspirar tal confianza al banquero, que éste le suplicó que visitara a su hijo para ver si lograba curarle de tal monomanía.

Desde aquel momento se estrecharon tanto las relaciones amistosas entre el médico y el joven Ohlert, que un día desaparecieron ambos como por ensalmo. Receloso el padre con tan inesperado acontecimiento, tomó informes más ciertos y supo que el tal alienista era uno de tantos charlatanes como pululan en los Estados Unidos sin que nadie les corte las alas.

Tailor preguntó por el nombre del supuesto alienista, y cuando el banquero le dijo que se llamaba Gibson y dio las señas de su domicilio, comprobó que se trataba de un antiguo conocido del cuerpo de *detectives*, a quien había tenido que vigilar yo bastante tiempo a causa de otro asunto poco limpio. Poseía yo su fotografía, y al mostrársela a Ohlert conoció éste en el acto al amigo y fingido médico de su hijo.

El tal Gibson era un pillo de marca mayor, que hacía tiempo merodeaba por los Estados Unidos y Méjico bajo distintos nombres profesiones. El día anterior había ido el banquero a su



domicilio, y el fondista le enteró de que había pagado su hospedaje y se había marchado sin decir a nadie adónde iba. El hijo del banquero había desaparecido al mismo tiempo en compañía de una respetable cantidad, y un corresponsal de Cincinnati acababa de telegrafiar a Ohlert diciéndole que había entregado cinco mil dólares a su hijo y que éste proseguía su viaje a Louisville en busca de su prometida. Esto, que era una mentira infame, dio a entender al banquero que el tal Gibson había secuestrado al joven a fin de servirse de él como instrumento para agenciarse una fortuna, pues William era conocido y amigo de la mayoría de los banqueros y éstos le adelantarían todos los fondos que pidiera. Tratábase, pues, de apoderarse de la persona de Gibson y de devolver al padre el hijo descarriado, difícil cometido que me fue encomendado a mí. Obtuve los necesarios poderes y señas, con un retrato de Ohlert hijo, y salí en el primer tren para Cincinnati. Como Gibson me conocía, tomé mis disposiciones para, poder disfrazarme en caso necesario y evitar así que el fugitivo me reconociera.

En Cincinnati visité al banquero que había entregado los cinco mil dólares y me dijo que William Ohlert iba en compañía de Gibson. De allí pasé a Louisville, donde averigüé que ambos viajeros habían tomado el tren para San Luís. Los seguí; pero sólo después de mucho y penoso rastrear logré dar con sus huellas. En esto me ayudó mister Henry, a quien visité al llegar a la ciudad, y que se sorprendió no poco al verme en mi nueva profesión de detective. Después de lamentar mis pérdidas pecuniarias en el naufragio, me exigió la promesa de volver al Oeste, una vez terminada la misión que se me había encomendado. Era preciso que yo estrenara en aquellas inmediaciones el rifle de repetición, su nuevo invento, mientras él me guardaba cuidadosamente el viejo mataosos.

Supimos que Ohlert y Gibson habían salido en un vapor del Misisipí para Nueva Orleáns y en otro vapor tomé yo a mi vez pasaje. El banquero Ohlert me había dado una lista de todas las casas de banca con las cuales estaba en relación, y tanto en Louisville como en San Luís las recorrí una por una, sólo para enterarme de que William me había precedido, pidiendo grandes cantidades. Lo mismo me dijeron en Nueva Orleáns, en las dos primeras que visité, y a las demás les di la voz de alarma, encargándoles que me llamaran si se presentaba el joven Ohlert para algún cobro. Esto era lo único que había sacado en limpio, y me veía, en medio del oleaje humano que azota las calles de Nueva Orleáns, en busca de mi presa. Como es natural, me había dirigido a la policía y no me quedaba sino esperar el resultado de su ayuda. Para no estarme con los brazos cruzados, brujuleaba por entre la multitud, por ver si el azar me favorecía.

Nueva Orleáns tiene un marcado carácter meridional, sobre todo en sus barrios antiguos, donde se ven calles sucias, y angostas, casas con salientes en forma de miradores y balcones. En aquellos barrios se refugia la gente que huye de la luz del día, y pueden verse todos los colores de la piel humana, desde el blanco amarillento hasta el negro de ébano. Organilleros, cantantes y guitarristas ambulantes desgarran los oídos con sus sonidos discordantes, gritan los hombres, chillan las mujeres; un marinero\* furioso arrastra de la trenza a un chino que le insulta; dos negros pelean rodeados por un corro de regocijados espectadores... En una esquina chocan dos mozos de cuerda, que tiran la carga y se atacan como perros furiosos. Se acerca un transeúnte para restablecer la paz, y ambos contendientes se revuelven contra él, y él recibe los golpes que mutuamente se habían destinado.

Los muchos y pequeños arrabales causan una impresión mejor, pues están formados de lindos hotelitos, cuyos jardines ostentan rosales, palmeras, adelfas, perales, higueras, melocotoneros, naranjos y limoneros. El ciudadano halla en tan alegres viviendas el descanso y la tranquilidad después de haber pasado todo el día en medio del ruido y el alboroto de la capital.

En el puerto es donde el movimiento y la vida son más grandes, pues hierve de embarcaciones y vehículos de toda clase y tamaño. En los muelles se ven montes de enormes balas de algodón o lana y de toneles, entre los cuales rebullen centenares de jornaleros y cargadores. La impresión que produce al espectador es la de hallarse en uno de los grandes mercados de la India Oriental.

Recorría yo la ciudad de punta a punta, con los ojos en acecho, aunque inútilmente. Era mediodía y hacía un calor sofocante. Pasaba por la hermosa y ancha Common Street cuando vi relucir la muestra de una cervecería alemana. Un vaso de Pilsen con aquel calor no podía hacerme daño, y así fue que entré en el local.

La afición de la gente por aquella clase de cerveza se demostraba por la muchedumbre que llenaba el establecimiento, de tal modo que sólo después de mucho buscar logré dar con un

asiento vacío en un rincón de la sala, donde había una mesita con sólo dos sillas. Una de ellas estaba ocupada por un hombre, cuyo aspecto era capaz de disuadir a cualquiera de sentarse en la silla vacante; a pesar de ello me encaminé decididamente a él y le pedí permiso para tomar en su mesa un trago de Pilsen.

Se dibujó en sus labios una sonrisa de compasión y examinándome con mirada desdeñosa, observó:

—¿Tiene usted dinero, *máster*?

—¡Claro está! — repliqué admirado de tan extraña pregunta.

—¿Entonces puede usted pagar el asiento y la cerveza?

—Así lo creo.

—Pues ¿por qué me pide usted permiso para ocupar ese sitio? Me parece que es usted un *dutchman*, un *greenhorn* en el país... El diablo se llevaría al que se atreviese a disputarme el sitio que me conviniera. Siéntese, coloque las piernas donde quiera, y al que se lo estorbe suéltelo usted una bofetada de cuello vuelto.

Confieso que la actitud y el modo de ser de aquel hombre me infundieron algún respeto; sentí que me ponía como la grana. En el fondo sus palabras eran ofensivas, y experimentaba yo un vago deseo de revolverme y darle una lección. Así es que, sentándome, le contesté:

—Si me toma usted por un *german* está usted en lo cierto, señor; pero por lo mismo le participo que no tolero la denominación de *dutchman* (holandés) y que en caso contrario me veré obligado a demostrarle que tampoco trata usted con un *greenhorn*. Se puede ser cortés y al mismo tiempo hombre de recursos y experiencia.

—¡Psé! — contestó él con indiferencia—. No tiene usted cara de muy listo. No se tome usted la molestia de encolerizarse, pues no conduciría a nada. Yo no he querido ofenderle, y realmente no sé cómo se las arreglaría usted para echárselas de persona mayor delante de mí. A Old Death no hay amenaza que le saque de sus casillas.

¡Old Death! ¿Conque me las había con el famoso Old Death? Ya había oído yo hablar de tan notorio *westman*; su fama resonaba en todos los campamentos del otro lado del Misisipí y hasta en las ciudades del Este. Sólo con que hubiera llevado a cabo la vigésima parte de las hazañas que se le atribuían, bastaba para que fuera, un cazador y escucha ante quien había que quitarse el sombrero. Se había pasado la vida en el Oeste, y como, a pesar de los innumerables peligros a que se había expuesto, nunca había recibido una herida, la gente supersticiosa le tenía por invulnerable.

Nadie conocía su verdadero nombre. *Old Death* (la Vieja Muerte) era el nombre de batalla, el apodo que le había valido su extraordinaria delgadez. Al verle delante de mí comprendí por qué le habían aplicado el mote.

Era largo, muy largo, y su cuerpo, un poco doblegado, parecía constar solamente de piel y huesos. Los calzones de cuero le azotaban las piernas y la zamarra del mismo material se le había ido encogiendo de tal modo con el tiempo, que las mangas no le llegaban a cubrir el antebrazo. En éste podían estudiarse el cúbito y el radio tan fácilmente como en un esqueleto, y de esqueleto parecían las mismas manos.

De la camisa surgía un cuello largo y seco, en cuya piel parecía colgar la nuez como dentro de un saquito de cuero. Y nada digamos de la cabeza. En toda ella no se hallarían cinco onzas de carne; los ojos estaban como hundidos en sus cuencas y el cráneo tan pelado como una bola de billar. Las mejillas hundidas, las agudas quijadas y los salientes pómulos, la nariz arremangada, con dos anchas ventanas, todo le daba aspecto de una calavera que asustaba a quien por primera vez le veía. Este aspecto influía hasta en mi olfato, pues creí percibir olor de corrupción, de hidrógeno sulfurado y amoníaco, hasta el punto de hacerme perder el apetito.

Sus pies largos y estrechos estaban calzados, de un modo especial, por un solo pedazo de cuero de caballo, y sobre ello llevaba sujetas unas enormes espuelas, cuyas ruedas estaban formadas por pesos mejicanos de plata. A su lado, en el suelo, había una silla de montar con unos arreos completos, y apoyada en la silla una larguísima escopeta de Kentucky, que constituía ya, entonces una rareza, pues había cedido el puesto a las armas de retrocarga.

Lo restante de su armamento consistía en un largo cuchillo *bowie*, y dos grandes revólveres, cuyas culatas asomaban por el cinturón, que era una especie de odre de cuero de los llamados gatos, revestido de pieles de cráneo humano, o *scalps*, del tamaño de un plato. Como estos *scalps* no procedían de cabezas de blancos, era de suponer que su actual propietario se los habría

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

